

LA NIÑEZ MENDOCINA DE NORAH LANGE EN “COLONIA ALVEAR”

Dolores M. Comas de Gueembe
Universidad Nacional de Cuyo

La niña que mira con miedo y asombro tiene cinco años, ojos verdes o azules e intensos cabellos rojos. La mujer que la interroga con la mirada y está en la otra mesa cenando, es la mujer del circo, la que puede sostener entre sus dientes a tres acróbatas. La niña lo sabe y piensa que esos dientes pueden triturarla. Se llama Nora Berta Lange Erfjord y está con sus padres y hermanos en el comedor de un pequeño hotel en Monte Comán, camino a General Alvear¹, adonde su padre, Gunardo Lange², ha sido destinado para dirigir la colonia que fundara Pedro Christophersen, también noruego de origen.

¹ Pedro Santos Martínez en su *Historia de Mendoza* (Buenos Aires, Plus Ultra, 1979), informa que “el 12 de agosto de 1914 la Legislatura de la Provincia de Mendoza, sancionó la ley N°. 635, por la cual se crea el Departamento de General Alvear. Hasta el momento de su fundación el actual Departamento de Alvear formaba parte de San Rafael con la denominación de “Colonia Alvear” (p. 331). La denominación establece un justo homenaje al héroe de la guerra con el Brasil, el vencedor de Ituzaingó, General Carlos María de Alvear. Casi cuarenta años después, el 19 de setiembre de 1953, la villa cabecera, la entonces Colonia Alvear fue elevada al rango de ciudad por disposición del Decreto Provincial 2215.

² El padre de Norah se desempeñó durante varios años como administrador de la Colonia Escandinava, fundada por Pedro Christophersen, cercana a la actual ciudad. En memoria de sus múltiples trabajos e investigaciones por el desarrollo de esas tierras incultas, una de las calles principales lleva hoy el nombre de Gunardo Lange.

A pesar de que el viaje en tren –de más de un día– de Buenos Aires a Mendoza podía haberlas agotado, esa noche Irma, Haydée, Chichina, Nora y Ruth tardaron en dormirse. Muy cerca estaba el dormitorio de la mujer más fuerte del mundo. A la mañana siguiente dos breaks transportan a la familia hasta su nuevo destino. Cinco hijas vestidas de marinera blanca que la tierra y el barro del arroyo que vadean motearán al azar. Los barquinazos cesarán al atardecer cuando llegan a una vieja casa que abre su portón a un jardín lleno de árboles, enredaderas, y que es también nido de arañas, vinchucas, lauchas, murciélagos, como podrán comprobarlo esa misma noche³. La familia vivirá por un tiempo en esa casa lóbrega, llena “de partes desunidas y misteriosas” hasta que terminan la nueva, enorme y limpia, con una espléndida terraza para contemplar la lejanía azul y verde del paisaje sureño, las tierras antiguas que pertenecieron al Cacique Goico.⁴

Cuando Norah Lange⁵ revive estos recuerdos tiene treinta años. Al año siguiente, en 1937, los reunirá en *Cuadernos de infancia*, su libro más leído y menos discutido, ya que fue uniformemente bien recibido por la crítica e incluso obtuvo el reconocimiento oficial: los prestigiosos Primer Premio Municipal y el tercero Nacional. Sin duda este libro inaugura una etapa diferente de la escritora, poeta ultraísta inicialmente, narradora excéntrica y hasta escandalosa en *La voz de vida y 45 días y 30 marineros*, de 1927 y 1933 respectivamente.

³ Para llegar a Colonia Alvear había una sola huella, hoy Ruta 188, nos dice en su *Relatos con nostalgia* Francisco Valdivieso, nota autobiográfica que publicara Ediciones Culturales Mendocinas en 1994, en *Vidas que hacen historia*.

⁴ El Departamento de General Alvear dista 320 Km de Mendoza y recibe las aguas del río Atuel, para irrigar una superficie de más de 30.000 Km². Los bañados del Atuel, donde se levanta la actual ciudad capital, pertenecieron al cacique Goico, que tenía allí su toldería. En 1884, don Diego de Alvear adquiere esas tierras para formar en ellas una colonia agrícola. Años más tarde se inicia la colonización con la radicación de inmigrantes del más diverso origen.

⁵ En 1926 Nora había agregado una h final a su nombre por sugerencia de Guillermo de Torre.

Con la escritura de estas memorias infantiles acierta a contar una historia segura, aquella de su niñez. Para ello define formalmente su libro reacomodando la realidad privada en constelaciones de recuerdos y fundando, al mismo tiempo, un lenguaje despojado, altamente sensorial. La historia así reconstruida y evocada actúa como un espejo autorreflectante de este nuevo programa escriturario sirviendo, al mismo tiempo, de ancla de sentido de la propia identidad.

Es éste, sin duda, su libro de tono más íntimo y confesional, trabajado a conciencia, en donde aboga por lo sencillo, ciñéndose voluntariamente a lo minúsculo. Como la misma Norah aclara no es que desconociera las convenciones en boga, ni los problemas de la época, pero la orientación expresiva de un realismo a ultranza no era el modo que consideró adecuado para manifestar la delicadeza de la vida naciente, de la niñez que descubre el mundo. Por otra parte tampoco consideraba que la retórica que seguía la huella dejada por el ultraísmo conviniera para expresar la inocencia de este descubrimiento. Además, ya había padecido el fracaso de *Voz de vida*. Por eso afirma con vehemencia su decisión en este sentido:

“Esta frustración irremediable me indujo a despojarme de los alambicamientos y de las distorsiones estilísticas, como también a servirme de lo vocablos más simples y esenciales, cuando me propuse comunicar una visión del pasado que sólo sufriese la ineludible transformación del recuerdo. A pesar de los recelos que siempre me inspiraron las memorias infantiles, atiborradas, por lo común, de protagonistas atestados de una precocidad y de una cultura intolerable, surgió *Cuadernos de infancia*, donde debí renunciar a toda frase enrevesada, a casi toda imagen y hasta a los vocablos más recorridos de sortilegio, /.../ Achaco a todas estas renunciadas, y aunque no sea imprescindible creerme, el hecho de que haya sido el libro que más me ha costado escribir”⁶.

⁶ Discurso recogido en el Boletín de la SADE. Período 1959-1960.

A estos renunciamientos se suma una línea de trabajo, ocho horas diarias, custodiadas y vigiladas por Oliverio Gironde para alcanzar el rigor de la palabra justa. Rigor que podemos apreciar desde la primera estampa evocada con que se abre Cuadernos:

“Entrecortado y dichoso, apenas detenido en una noche, el primer viaje que hicimos desde Buenos Aires a Mendoza, surge en mi memoria como si recuperase un paisaje a través de una ventanilla empañada”⁷.

El hecho exterior narrado, el viaje, está sutilmente valorado a través de los adjetivos iniciales —entrecortado, dichoso— que remiten tanto al modo de recordar, fragmentariamente, como a las duermevelas propias de los largos viajes y a la dicha de lo inesperado, la aventura. Vivencias muy nítidas que todavía la acompañan. El último adjetivo —empañada—, acierta a definir el carácter difuso de todo recuerdo. Suma además a este cuidadoso trabajo de reconstrucción algunas precisiones temporales, como la del párrafo siguiente en donde afirma que en la tarde que llegaron a Monte Comán tenía tan sólo cinco años.

Poco a poco la casa nueva, en un paraje denominado Los Campamentos, se llena de voces y trajines cotidianos. La tierra salitrosa de los comienzos, sabiamente curada, comienza a verdecer en alamedas y jardines. Esta familia numerosa va concretando, hacia fines de 1910, su propio paraíso. Muy lejos están las festividades del Centenario que Buenos Aires celebra, muy lejos la agradable y ordenada vida de la casa de la calle Tronador. Un nuevo ritmo organiza los días del hogar. Dentro de la casona están todas las comodidades que sólo una familia de muy buen nivel económico podía tener: muchos dormitorios, de los niños, de los padres, de la insti-

⁷ Norah Lange. *Cuadernos de infancia*. Buenos Aires, Losada, 1957. p. 9. En adelante citaré por esta edición mencionando solamente número de página.

tutriz, del personal de servicio (cocinera, mucama, niñera); escritorio del padre, salita de costura de la madre; el inmenso comedor, lavandería, una máquina con rodillos que se manejaba manualmente para secar la ropa. Máquina que está unida a doloroso accidente: los rodillos aprisionan el pequeño dedo de su hermana Marta. Cada habitación, como cada una de las personas que viven en la casona tendrá, en el recuerdo de la escritora, su lugar en el afecto.

Cerca está la quinta de Mme. Lagrange, quien será la profesora de francés de la prole, y que también vive más al modo europeo que de acuerdo con las toscas costumbres de los inmigrantes españoles, italianos y también rusos que se establecieron particularmente en Bowen. Pedro Santos Martínez anota en su *Historia de Mendoza* que es justamente la civilización de General Alvear una de las más originales de nuestra provincia, por el tesón y la capacidad de emprendimiento de esas jóvenes familias que formaron las primeras comunidades del sur mendocino⁸. Todos ellos construyeron su propia vivienda -ranchos de barro y paja- de modo solidario, apoyándose unos a otros y aviniéndose a comer de los escasos productos que daba esa tierra en la primera década del siglo. Sólo después de 1920 se plantaron diferentes frutales, luego la vid, y se cultivaron variadas hortalizas.⁹

El conjunto es un oasis dentro de la Colonia Alvear todavía incipiente en sus logros. Logros que se acrecientan gracias al "Rincón del indio", primera toma de agua que llevará agua al caserío.

⁸ Pedro Santos Martínez sostiene que para el desarrollo económico del Departamento ha sido fundamental el aporte de los inmigrantes de todo origen que hacia 1920 llegaron huyendo de una Europa afectada por la Gran Guerra.

⁹ Las primeras experiencias fracasaron hasta que fueron individualidos los cultivos que prosperaban (duraznos, damascos, ciruelos, vid, etc.) Los iniciadores de esta comunidad se sobrepusieron a los Zondas, la falta de agua, las vboras, y crearon un departamento pujante.

Esta hijuela de regadío contribuyó a alimentar la tierra y con ella a las familias que iniciaron sus primeros huertos.¹⁰

Desde una de las ventanas de la casa se alcanzaba a ver, a través del ramaje de la arboleda, uno de estos ranchos. De allí vendría tal vez el podador de la finca cuyas manos llamaron tanto la atención de la pequeña Norah. Hombre callado y atento que cuida con destreza el jardín cada vez más perfumado. Más allá, la avenida de álamos que llevaba al portalón de la entrada y diferentes árboles que su padre hizo traer especialmente. Estos árboles tendrán también su lugar en una de las estampas más conmovedoras: una de sus hermanas, siendo bebé, se tragó una hojita.

La casa es el centro de este oasis-jardín, desde la cual los ojos de una niña observan: las cabalgatas cotidianas de su padre, el perfil luminoso de la madre cuando lo acompaña, la entrada rítmica de un break que anuncia a un visitante, la triste andadura del carruaje que iniciará el viaje de retorno de miss Whiteside a su Inglaterra natal, el partido de croquet que juegan sus hermanas, mientras ella, recostada la cabeza en el regazo de la madre, sufre todavía por el color de sus cabellos, y la agonía y la muerte del tordillo que montaba su padre. Estampas nítidas que al ser rememoradas siguen conservando el color de la vivencia primera. Tan sólo unas pocas fechas precisan la edad de la joven protagonista en los momentos que registra, ya que la Norah escritora resuelve en Cuadernos sus primeros años y un corto lapso de la adolescencia, como pausas en la infinitud, sometiénolos al gozo de la intemporalidad. Los recuerdos así convocados adquieren presencia al ser tamizados por la memoria y la reflexión. La vida familiar se desnuda de fechas y se encierra en los límites de su propia existencia privada alejada del mundo.

¹⁰ El oasis quedaba a 18 Km de distancia; en un paraje llamado Los Campamentos, denominado así porque en esa zona se establecieron los ingenieros que llegaron para planificar la colonización de estos campos. Cuando llegaron allí todo era monte, con una huella apenas marcada. Se tuvo que desmontar el lugar antes de intentar algún trabajo agrícola.

La presentación de este mundo autosuficiente es un refugio sabiamente ordenado por la madre, quien dispone los diferentes horarios de clases diarias con Miss Whiteside (inglés, geografía, historia, religión), con Mme Lagrange –cuatro veces por semana– de francés, o de las lecciones de piano, o el organizado ritual de las comidas, aparte de los adultos. También permite los paseos, con un vestido nuevo los domingos, cuando van al club o a caminar por la Avenida del Nevado y se detienen en la plaza del pueblo con medallones salitrosos, y la incursión al primer cinematógrafo con su “cinta cómica” y donde pueden disfrutar de un té y papas fritas. Pero, convoquemos la propia voz de la autora en su relato:

“Lo que más nos atraía en la Avenida del Nevado era el cinematógrafo, al que sólo concurríamos cuando algún circo realizaba una matinée. Al pasar frente a él, siempre nos deteníamos ante sus anuncios, en espera del momento en que nos permitieran penetrar en esa sala conocida, cuando la llenara esa oscuridad que presentíamos misteriosa, apretada y distinta a cualquier otra.

Una tarde en que se estrenaba una cinta cómica, la madre decidió, por fin, dejarnos ir a ver una película.

Cuando regresamos, nuestro entusiasmo sobrepasaba todas las previsiones. Lo comentábamos todo; las mesitas situadas al lado de los palcos, donde nos sirvieron té acompañado de grandes platos de papas fritas, el pequeño estremecimiento cuando se apagaron las luces sin que pudiésemos distinguir dónde se hallaba Miss Whiteside; el instante maravilloso en que la pantalla se iluminó y vimos que una mujer avanzaba hacia nosotros, mirándonos todo el tiempo.

Esa noche, para festejar el acontecimiento, nos permitieron cenar con los mayores [...]” (p. 44)

El recuerdo que a continuación transcribo nos permite reflexionar y conocer otros aspectos:

“Durante el invierno, Miss Whiteside nos llevaba a pasear, dos o tres veces por semana.

Vestidas todas iguales: una pollera azul, una tricota roja o verde, con un gorro del mismo color, antes de llegar al pueblo nos recomendaba, en un inglés engollado: –‘Recuerden la sangre azul y pórtense de acuerdo con ella’, pero al avanzar las cinco rodeando a la institutriz, por la Avenida del Nevado, esa advertencia jactanciosa no impedía el comentario con que la gente nos señalaba: ‘Allí viene la familia colorada, la familia verde [...]’

Otras veces recorríamos una avenida muy ancha, sin adoquinar, que aún conserva el nombre de ‘Algarrobo Bonito’, [...]” (p. 30)

Se pueden observar claramente definidas las diferencias de clases con respecto a los pobladores locales. Las acompaña una institutriz, quien les recuerda su linaje –“sangre azul”–, el modo de vestirse señala más la moda europea trasladada a Buenos Aires y de allí a General Alvear, gracias a las publicaciones periódicas que recibía la familia, en inglés y en francés. Se evidencia también la diferente capacidad económica y la diferente cultura, pues la institutriz se dirige a ellas en inglés.

Las dos cabecitas rubias y las dos cabecitas rojizas se cubren además con una boina en invierno y en el verano, cuando pasean en el break, con unas enormes capelinas. El contraste con los niños de otra condición social, familias criollas o de inmigrantes, es notorio. En la misma estampa se hace referencia a un niño que ven siempre muy quietecito en un cajón que le sirve de cuna.

Más adelante, en otra estampa, se hace una muy vívida descripción de la pobreza. Un matrimonio joven llega a vivir en un rancho cercano. La mujer muere, y el esposo pide “un alfiler de gancho para abrocharse el cuello de la camisa pues le parecía indecente velarla con la garganta descubierta”. (p. 36.)

Esta es la vivencia de la pobreza que más tocó el corazón de su

niñez, a tal punto, que la incluyó en el libro. Junto a estas imágenes de desvalimiento otras de gran ternura diluyen la tristeza. Es así como describe a su hermano Eduardito:

“Cuantos pasaban ante nuestra casa tenían algo que decir de la dulzura de su rostro, de sus rulos, de sus grandes ojos azules”. (p. 38)

Si bien *Cuadernos de infancia* no ha sido concebido como un cuadro de costumbres, es también posible realizar una lectura en este sentido y a partir de ella recomponer, con el auxilio de otros textos, la progresiva transformación de la Colonia Alvear naciente. Esta realidad referencial, prudentemente calculada, es un reservorio dinámico de posibilidades que teje en el libro estampas coloridas de la geografía del poblado sumadas a las estampas de la vida privada y familiar. En éstas incorpora detalles de una geografía exótica cuyo compendio es el escritorio de su padre, en el que, junto al globo terráqueo, se amontonaban flechas, arcos, pipas y collares que los indios le habían regalado, junto a la salita de costura de la madre con sus moños y puntillas. Afuera, mirando a través de las ventanas, la geografía de un jardín y más allá, hasta donde alcanza la vista, la entretenida granja privada —el corral de los chivos, de las vacas, los caballos, patos y gallinas—. El recorrido no se detiene en el portalón de la casa quinta, sino que avanzando en un break, al calor de una manta en invierno o protegidas con un sombrero en verano, rememora la geografía de esa tierra inculta y cultivada a la vez, en donde todavía no hay un hospital, pero sí un solo médico y una enfermera que son los únicos auxilios de la fiebre tifus que casi todos padecen. Francisco Valdivieso en sus *Relatos con nostalgia* también recuerda que, siendo él niño, en Colonia Alvear había sólo algarrobos y chañares, un sólo bolichito construido con adobes, pero que al poco tiempo se contó con luz eléctrica y servicio médico.

La estrategia utilizada en este recorrido atemporal y caprichoso es siempre la misma. Unos ojos espían. Lo expresado está siempre a la altura de los ojos, en la distancia cercana, adecuada para el diálogo,

o la distancia más lejana de la contemplación y del asombro. En Norah Lange, este aspecto no es solo una mera estrategia que como escritora realiza para acercar este universo de la niñez, sino que responde a su modo primero de aprehender el mundo. En este sentido es particularmente ilustrativo su comentario:

“Desde muy pequeña me gustaba mirar con mucho detenimiento a la gente. A los seis años, ésta ya era una costumbre bien arraigada en mí. Después me reía; me reía tanto, que la madre hubo de prevenir a los que visitaban la casa que yo era muy ‘cheeky’. Aunque, en inglés, esto quiera decir insolente, yo sé que no era insolencia ni agresividad, porque ese hábito me siguió hasta que tuve más años y pude analizarlo”. (p. 24)

Además estimula al lector a que también mire la realidad referida desde el yo autobiográfico de la autora. Este ritual del espionaje es a la vez creativo y extravagante, pues cuando un rostro acapara su atención se imagina a sí misma dentro de la cara y simula con su cuerpo, incluso hasta la contorsión, el perfil de quien observa. El juego termina abruptamente cuando una de esas personas que ella parodió muere dos meses más tarde y la niña de seis años, por un largo tiempo se imagina acostada en su cajón. Esta mirada receptiva, como una cámara errante, se desplaza en el pasado de la vivencia y espía en sus memorias, apuntando cada vez a un recuerdo diferente, con la clara intención de examinarlo y revelarlo al mismo tiempo.

Si bien Norah en estas memorias sin autoengaños, dibuja a la niña que ella fue, con su urgencia por espiar, con sus temores a la oscuridad, su atracción por lo extraño y discordante, y la temprana experimentación con las palabras por su sonido y por cómo se forman en la boca como un aire envolvente y misterioso, pone en práctica una inusual forma de relacionar sus recuerdos: dentro-fuera, casa-jardín, padres-hermanas-institutriz-poblado. En ningún caso transgrede la posible formulación que de estas vivencias podría tener a tan temprana edad. Sus palabras, como las del poeta, son esenciales.

No es accidental que los primeros recuerdos de infancia hayan sido escritos por autores de ficción, particularmente poetas, ya que la mirada introspectiva no es un mero registro actualizado sino un retorno a la morada del ser que alcanza en la escritura su voz, su propia voz. Desde esta perspectiva podría leerse Cuadernos de infancia como una formalización propia del romanticismo tardío, y también, ateniéndonos a los inicios de Norah Lange como poeta, como el resultado de sus convicciones vanguardistas. Sin embargo, estas vivencias infantiles no pueden de ninguna manera considerarse producto de un mero collage ni de una experimentación estética, ya que la voz modulada de la intimidad se vierte en vocablos simples y esenciales y en unas formas sabiamente calculadas que siguen un lógico esquema que, con algunas variantes, se atiene a esta formalización: 1-imagen síntesis –cuasi estática– in media res de una instancia temporal (índole contemplativa del recuerdo), 2-ruptura de la instancia y dinamización con un diálogo que incluye sensaciones y sentimientos como respuesta a la situación presentada y descripción externa de la situación, 3-frase de cierre del diálogo con una reflexión de Norah-niña y finalmente, 4-retorno al corte estático de la estampa y dilución de la imagen.

El libro abarca desde los cinco a los catorce años, momento en el que la protagonista abandona su infancia y manifiesta ritualmente este paso con el corte de sus cabellos. Sin embargo, los años destinados a Mendoza están marcados por un símbolo específico: el viaje de Buenos Aires a Mendoza y su retorno, luego de la muerte del padre. La historia de *Cuadernos de infancia* encierra nueve años, convocados en ochenta y dos estampas, de las cuales tan sólo cuarenta y ocho están dedicadas a los cinco años transcurridos en Colonia Alvear. Las estampas restantes memoran el regreso de la madre y los hijos a la casa de la calle Tronador. En todas ellas la precisa organización discursiva articula lo temático y lo estilístico, de tal manera que consigue transmitir su íntima pena. Veamos un ejemplo de neta factura expresionista:

“Afuera, la noche –tristeza de los trenes que se van hacia otra sombra más apretada y desconocida– se agarraba a los cristales, mientras yo me distraía mirando a mis hermanas reflejadas en ellos”. (p. 109)

Es también significativa la frase que cierra la estampa XLVIII¹¹ y que marca el fin de la estancia en Colonia Alvear:

“Un tren que se va, otro que vuelve. Nuestra niñez se quedaba inmóvil junto a una estación del pueblo”. (p. 109)

Las cinco hermanas llegaron vestidas de marinera blanca. Vestidas de oscuro retornan. “Entre un tren de ida y otro de vuelta el nacimiento de Esthercita, la muerte de mi padre”. Nora prosigue así:

“Acodadas en las ventanillas, seguíamos el pastito acurrucado junto a los rieles de la vía contraria; recobrábamos, en alguna curva, el perfil brumoso de la cordillera.

–¡Allí está, otra vez! –exclamaba alguna. En ese momento, ella existía para nosotras, con esa ternura peculiar de las despedidas, en que uno recorre, largo tiempo, la cubierta del barco para recoger, un instante más, uno solo, la imagen familiar que va borrando la distancia”. (p. 108)

En esta despedida aparece por vez primera la visión de la cordillera, *su perfil brumoso* luego de alguna curva. Mientras vivió en Mendoza, la cordillera era lo cotidiano, lo que a fuerza de saber que allí está, ni se observa ni se comenta. Pero, al alejarse definitivamente, vislumbra la montaña y con ella percibe su mundo interior humilde y desamparado como esas cumbres.

En *Cuadernos de infancia*, Norah, que siempre se interesó en descubrir los secretos más ocultos de las personas, quiso especialmente

¹¹ La autora no ha titulado ni numerado sus imágenes. La numeración que consigno ha sido realizada con una finalidad didáctica para este trabajo.

revelarse a sí misma. Para ello auscultó con tenacidad sus sentimientos y vivencias infantiles. Se prometió no traicionarlos y, aislada en su escritorio, modeló en un lenguaje preciso, sin distorsiones estilísticas, esas primeras miradas a los seres y a las cosas, con las que aprendió a poseer y amar el mundo. Un mundo que tiene una geografía y un nombre preciso: Colonia Alvear. Han transcurrido más de sesenta años desde la publicación de su libro, pero con la lectura de sus páginas nos adentramos en ese universo simple y virginal en el que los seres, observados y también vigilados con su mirada infantil, tienen solamente el perfil de la inocencia. Revivió su infancia y la enmarcó en ese límite de contornos muy precisos y, al mismo tiempo, la transformó en el paraíso de su niñez.

Bibliografía

- Dolores Comas de Guembe. "Cuadernos de infancia" de Norah Lange. Una ventana al pasado". En: *Los recuerdos de infancia. Una forma literaria autobiográfica.* (Norah Lange, Eduardo González Lanuza, Jorge Vocos Lescano, Victoria Ocampo). Tesis doctoral inédita.
- María Esther de Miguel. *Norah Lange. Una biografía.* Buenos Aires, Planeta, 1991.
- Juan Carlos Ghiano. *Poesía argentina del siglo XX.* México, Fondo de Cultura Mexicana, 1957.
- Pablo Lacoste. (Comp.) *General Alvear. Historia y Perspectivas.* Mendoza, Diario Uno/ Universidad de Congreso, 1996.
- Norah Lange. *Cuadernos de infancia.* Buenos Aires, Losada, 1957.
- Sylvia Molloy. "A game of cutouts: Norah Lange's *Cuadernos de infancia.*" En: *At face value: autobiographical writing in Spanish America.* Cambridge, Cambridge University Press, 1991, p. 126-136.
- Beatriz de Nóbile. *Palabras con Norah Lange.* Buenos Aires, Carlos Pérez Editor, 1968.
- Juan Pinto. *Breviario de la literatura argentina contemporánea.* Buenos Aires, La Mandrágora, 1958.
- Pedro Santos Martínez. *Historia de Méndocina.* Buenos Aires, Plus Ultra, 1979.

- Beatriz Sarlo. *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.
- Francisco Valdivieso. "Relatos con nostalgia". En: *Vidas que hacen historia*. Mendoza, Ediciones Culturales Mendocinas, 1994.
- Roberto Yahni y Pedro Orgambide. *Enciclopedia de la literatura argentina*. Buenos Aires, Sudamericana, 1970.

RESUMEN

Cuadernos de infancia (1937) inaugura en la literatura argentina un modo original de autorreferencia. En sus recuerdos de infancia en la naciente "Colonia Alvear", la juvenil musa del ultraísmo se desprende de los cánones estilísticos de la década del '20 y del realismo de la década posterior para recuperar las primeras miradas a los seres y las cosas que poblaron su niñez. El viaje que junto a su familia realiza en los primeros meses de 1910, cuando sólo tenía cuatro años y la posterior estancia en la Colonia Escandinava administrada por su padre, conforman cuarenta y ocho estampas que revelan en un lenguaje preciso sus sentimientos y vivencias infantiles. Transcurridos más de sesenta años desde la publicación, Cuadernos de infancia es un noble documento de esa geografía sureña que comienza a adquirir un nuevo rostro y de la indagación tenaz de la escritora que acertó a auscultar y transcribir la curiosa mirada de la niñez.